

Dos poetas fingen matar a Orestes

Carmen CHUAQUI

Entre los años 418 y 410 Sófocles presenta una obra teatral denominada *Electra*. El tema no constituía una novedad: ya antes lo había desarrollado Esquilo en su trilogía *Agamemnon*, *Las Coéforas* y *Las Euménides*, Eurípides había escenificado por los mismos años una *Electra* y un *Orestes* y es probable que algunos otros dramaturgos también hicieran uso del rico filón conformado por el trágico destino de los Atridas. Los espectadores no iban a que les contaran una anécdota, valoraban más que el autor se las ingeniara para imprimirle su propia huella e hiciera gala de sus mejores recursos para representarla por medio de un diálogo conceptuoso, así como por trozos líricos bien cantados y coreografiados. La originalidad del tratamiento sofocleano se concentra en un pasaje donde se hace creer a Clitemnestra que Orestes ha muerto, a fin de que éste pueda introducirse en el palacio sin despertar sospechas y vengar a su padre dando muerte a sus asesinos: la propia Clitemnestra y su amante Egisto, usurpador del trono de Agamemnon.

Sin embargo, Sófocles no se limita a plantear el engaño en uno o dos versos, sino que inventa una historia con lujo de detalles y la pone en boca del preceptor de Orestes; en ella el héroe —desterrado desde niño— había sucumbido al participar en una competencia de carros tirados por caballos. Aun cuando extraña la inserción de una escena tan ajena al contenido de la trama, la escena en sí debió ser bien recibida por un público que no sólo era muy afecto a ese tipo de carreras, sino también a escuchar narraciones y encomios en

torno a éstas (ejemplo de las primeras es la que hace Eurípides de la muerte de Hipólito —en la obra del mismo nombre, vv. 1185-1248— y de los segundos son las *Olímpicas* escritas por Píndaro). Nuestro autor se remite al mejor modelo posible, Homero, de quien imita —en este siglo se diría “plagia”— la carrera organizada por Aquiles como parte de los juegos fúnebres en honor de Patroclo (*Iliada* Canto xxiii, vv. 287 a 533). De más está decir que en esa competencia no participa Orestes, pues en ese entonces era un niño, pero el bardo lo menciona, ya como adulto, en el Canto ix (vv. 142 y 284) y varias veces en la *Odisea* (i, 29-43, 298-300; iii, 188-200, 306-10; iv, 546-7 y xi, 457-61), en el sentido de que cumplió un deber sagrado al vengar a su padre.

No obstante, la historia del linaje de los Atridas tampoco es original del autor o los autores de ambas epopeyas: es parte del acervo literario de una cultura que se extinguió siglos antes, y que “Homero” reconstruye para dar como resultado un fruto espléndido y maduro en una época (hacia el 800) que hemos dado en llamar “arcaica”. En los albores del segundo milenio, cuando los diferentes grupos griegos se fueron infiltrando en los territorios de lo que habría de ser la Hélade (el continente y las islas), se encontraron con otras etnias, así como con una civilización más avanzada que la propia, la creto-micénica. La amalgama de pueblos y culturas produjo algunos resultados notables, como el apogeo de las ciudades micénicas (1600-1200), donde reinaron y vivieron quienes habrían de ser prototipo de los personajes de las epopeyas. Así, los episodios históricos de la edad de bronce fueron transformados en gestas heroicas teñidas con técnicas y costumbres de la edad del hierro, para ser recitadas *no* en los palacios —a la manera de los aedas del ciclo épico—, sino por los rapsodas de las ciudades mercantiles griegas asentadas en la costa del Asia Menor. A su vez, los dramaturgos de la época clásica (S. v y iv) recrearon los mismos relatos para un nuevo género, el teatro, al que asistía un público masivo. Y, como último eslabón de una tradición ininterrumpida, tenemos a los poetas griegos modernos, quienes saben que su público sigue gustando de los mismos temas y no vacilan en reelaborarlos; tal

es el caso de Yórgos Seféris (premio Nobel de Literatura 1963), que en el poema número 16 de su libro *Mythistorima*, finge de nuevo matar a Orestes.

A continuación presento los tres textos: una versión resumida de la epopeya (*E*), escrita en hexámetros y que es un episodio más entre los muchos que se hilvanan en la obra; el de la obra teatral (*T*), escrito en tetrámetros yámbicos y que representa un episodio clave en la trama; y el del poema (*P*), escrito en verso libre (en un griego donde ya no existe la diferencia entre largas y breves) y donde el episodio es el poema mismo.¹ Después de los textos se hará una comparación de su contenido y, por último, aparecerá un cuadro en el que se resumirán los paralelos (los números indican el verso en que se encuentra el hecho mencionado, en tanto que el 0 significa que no hay mención al respecto).

Homero, *Iliada*, Canto xxiii

[Consejos de Néstor a su hijo Antíloco:]

309 Sabes perfectamente cómo los caballos deben dar vuelta en torno al poste; pero tus corceles son los más lentos y temo que algún suceso desagradable ha de ocurrirte...

319 El que confía en sus caballos y en su carro les hace dar vueltas imprudentemente, y luego los corceles divagan en la carrera y no los puede sujetar; mas el que conoce los recursos del arte... clava los ojos en el poste, da la vuelta cerca del mismo, y no le pasa inadvertido cuándo debe aguijar a aquéllos con el látigo de piel de buey: así, los domina siempre, a la vez que observa a quien le precede...

334 Acércate al poste y den la vuelta casi tocándolo carro y caballos; y tú inclínate en la fuerte silla hacia la izquierda y anima con imperiosas voces al corcel del otro lado, aflojándoles las riendas. El caballo izquierdo se aproxime tanto al poste que

¹ Para *E* se empleó la edición de Les Belles Lettres, Paris, 1959 y la traducción de Segalá, Ed. Porrúa, México, 1959, en la cual sólo se substituyó la palabra "meta" por "poste", ya que el autor alude a las dos piedras blancas que marcaban el sitio donde los carros debían efectuar el viraje en los extremos de la pista. Para *T* se emplearon las ediciones de Garnier, Paris, 1947 y la Nuova Italia, Firenze, 1964. Para *P* la edición de las obras completas de Seféris hecha por Ikaros, Athénai, 1972. Las versiones de *T* y *P* al español son mías.

parezca que el cubo de la bien construida rueda haya de llegar al tronco, pero guárdate de chocar con la piedra: no sea que hieras a los corceles, rompas el carro y causes el regocijo de los demás y la confusión de ti mismo.

[Narrador:]

352 Subieron los aurigas a los carros y echaron suertes en un casco que agitaba Aquiles.

362 Todos a un tiempo levantaron el látigo, dejáronlo caer sobre los caballos y los animaron con ardientes voces... Los carros unas veces tocaban el fértil suelo y otras daban saltos en el aire y aquéllos volaban, levantando polvo por la llanura.

373 Mas cuando llegaron a la segunda mitad de la carrera y ya volvían hacia el espumoso mar, entonces se mostró la pericia de cada conductor. Venían delante las yeguas de Eumelo, seguíanlas los caballos de Diomedes, y estaban tan cerca del primer carro, que parecía que iban a subir en él: con su aliento calentaban la espalda y los anchos hombros de Eumelo.

[Apolo estaba contra Diomedes, e hizo que se le cayera el látigo, pero Atenea lo apoyaba]

388 La diosa, irritada, se encaminó hacia Eumelo y le rompió el yugo: cada yegua se fue por su lado, fuera del camino; el timón cayó a tierra, y el héroe vino al suelo, junto a una rueda... Diomedes guió a los solípedos caballos desviándolos un poco, y se adelantó un gran espacio a todos los demás.

[Por otra parte, se establece un duelo entre Antíloco y Menelao; como aquél, con malas artes, tratara de sacarlo del camino, éste tuvo que frenar]

434 no fuera que los solípedos caballos, tropezando los unos con los otros, volcaran los fuertes carros, y cayeran en el polvo por el anhelo de alcanzar la victoria.

Sófocles, *Electra*, 680-763

[Preceptor:]

681/ Tu hijo fue a Delfos a participar en las célebres competencias que honran a la Hélade. Al llamado del heraldo que anunciaba las carreras a pie —inicio de los juegos— se presentó resplandeciente, causando la admiración de todo el público...
690 salió victorioso en la carrera simple, en la doble y en el pentatlón... Se proclamó que era un argivo, de nombre Orestes,

hijo de aquel Agamemnon que reuniera al glorioso ejército de la Hélade. Todo marchaba bien, pero cuando un dios decide causar daño, nadie, por poderoso que sea, puede evitarlo. Al día siguiente, al despuntar el sol, tuvo lugar la competencia de carros tirados por caballos de ágil tranco. Él apareció y se puso 700/ en fila con los demás competidores. Uno era aqueo, otro espartano, dos libios; en quinto lugar estaba Orestes —quien conducía caballos tesalios—, después, del sexto al décimo, nativos de Etolia, Magnesia, Enia, Atenas y Beocia. Se colocaron 710/ en los puestos que les había tocado en suerte, según el orden en que los jueces elegidos habían sacado sus nombres de la urna, y al sonar la bronceína trompeta, arrancaron.

Todos animaban con la voz a sus caballos y controlaban las riendas con las manos; la pista se llenó con el fragor de los retumbantes carros, a la vez que se alzó una nube de arena. Entremezclados todos aún, no dejaban de acicatear a sus corceles, para rebasar la multitud de ejes y relinchos, en tanto que sobre la espalda de los aurigas y las ruedas de los carros van cayendo 720/ los espumarajos que resoplan los equinos. Orestes, cada vez que llegaba al poste, daba el viraje rozándolo, al par que aflojaba la rienda del caballo de la derecha.

Al principio todos los carros avanzaban normalmente, hasta que los potros del de Enia, rechazando el freno, se desbocan y, —justo antes de hacer el último viraje para iniciar el séptimo circuito— se topan con el carro del de Cirene. Debido a este percance, los que vienen detrás chocan uno con otro, se van 730/ derribando y el terreno entero queda obstruido por los restos del naufragio caballar. Cuando el habilidoso auriga ateniense se da cuenta, se hace a un lado y disminuye la marcha, dejando pasar la marejada ecuestre que bullía en el centro.

En el último sitio, manteniendo sus potros en la retaguardia, avanzaba Orestes, quien tenía puestas sus esperanzas en la recta final. Al ver que sólo quedaba un contendiente lanza un agudo grito a las orejas de sus veloces corceles, lo persigue hasta que ambos yugos avanzan a la par, y a veces uno, a veces el 740/ otro sobrepasa por una cabeza a su rival. Entonces, habiendo realizado las vueltas anteriores y rebasado el carro de la derecha, al dar el giro, ¡desventurado!, afloja la rienda del caballo de la izquierda e inadvertidamente golpea el extremo del poste con el cubo de la rueda y ésta se rompe. Resbala en el carro, se enreda en las riendas y, ya caído, los corceles lo arrastran por en medio de la pista.

ὄνομα δ' Ὀρέστης
de nombre Orestes

1 En la pista, en el arrancadero, a punto de arrancar.
2 ¿Cuántos virajes al poste, cuántos circuitos ensangrentados,
3 cuántas oscuras hileras? Los espectadores que me observan,
4 que me miraban cuando de pie sobre el carro
5 levanté el brazo, resplandeciente, y exultantes me aclamaban.
6 El espumarajo de los caballos me alcanza, los caballos
7 ¿cuándo se rebelarán?
8 Se está quebrando el eje, se está abrasando el eje,
9 ¿cuándo se incendiará?
10 ¿Cuándo se trozarán las riendas, cuándo se asentará
11 la superficie toda de los cascos en la arena,
12 sobre la suave hierba, en el campo de amapolas
13 donde en la primavera cortaste una margarita?
14 Eran bellos tus ojos pero no sabías dónde mirar.
15 Tampoco yo sabía dónde mirar, sin patria,
16 combatiendo en este sitio ¿cuántas vueltas?
17 Siento que las rodillas se doblan sobre el eje,
18 sobre las ruedas, sobre la turbulenta pista,
19 las rodillas se doblan fácilmente, si así quieren los dioses,
20 nadie puede escapar, para qué hacer el intento,
21 no puedes
22 escapar del mar que te arrulló y al que buscas
23 en este momento de tregua, en medio del jadear de los corceles,
24 con las flautas que cantaban en el otoño al modo lidio,
25 con el mar que no puedes encontrar, por más que corras,
26 por más que des vueltas frente a las negras Euménides
que se aburren,
sin conceder perdón.

La forma en que cada poeta presenta su material varía considerablemente; por ejemplo, en lo que respecta al inicio de la competencia, Homero la describe en 10 versos, Sófocles la comprime en 6, en tanto que Seféris la reduce al primer verso que, en realidad, se reduce a su vez a la triple mención de una sola palabra: *στή σφενδόνη, πάλι στή σφενδόνη, στή σφενδόνη*. El verbo *sfendonáo* significa 'disparar, lanzar, tirar', el sustantivo *sfendóne* es 'honda' y en griego bizantino (pronunciado ya *sfendóni*) significaba también el arco semicircu-

lar que cerraba uno de los extremos del célebre hipódromo de Constantinopla (de 480 m de largo), donde se hallaba el arrancadero. El afán de concreción es constante: la carrera en su totalidad se lleva 355 versos en E, 83 en T y 26 en P; en cuanto a su narración, en la 1ª intervienen, además del narrador omnisciente, varios personajes (Aquiles, Néstor, los competidores Menelao y Antíloco, así como los espectadores Idomeneo y Ajax), en la 2ª hay una narración continua a cargo del preceptor y en la 3ª es Orestes quien narra su propio accidente. Sófocles y Seféris califican a Orestes de “resplandeciente” (*λαμπρός*), dan su nombre (su filiación sólo en T) y subrayan la admiración que su presencia causa en los espectadores.

Las carreras de carros eran el modo amable de emplear los vehículos de guerra, los cuales desaparecieron del campo de batalla hacia el 700, y podían ser tirados por yugos de 2, 3 o 4 caballos, conformando así bigas, trigas o cuadrigas. Parece ser que los conductores de E y T guiaban bigas, pues se mencionan por nombre los dos corceles de Menelao (la yegua Eta y Podargo) y, de Orestes, el caballo de la izquierda y el de la derecha; información que no excluye que se nombre tan sólo a los animales de los extremos, responsables de efectuar la peligrosa maniobra de circundar el poste o mojón y, como era la parte más espectacular de la carrera, nuestros tres poetas le ponen especial atención. Los aurigas llevaban las riendas atadas al cuerpo, por lo que, en caso de salir despedidos de la caja del carro, debían cortarlas con prontitud a fin de no ser arrastrados por los caballos. Las competencias podían realizarse en una llanura cualquiera, como la empleada por los aqueos durante esa tregua de la guerra troyana, o bien, en los juegos organizados institucionalmente, en pistas de arena ante un graderío o ya en un hipódromo en forma. La longitud de la pista era variable: el circuito completo, es decir ida y vuelta, constaba de dos estadios, pero parece ser que lo más común era que se corrieran 4 estadios (= 708 m), aun cuando en Olimpia eran 8, y Píndaro dice que viraban 12 veces en torno a los postes. Las carreras de carros se introdujeron en la vigésimo cuarta Olim-

piada (año 680) y en ellas el ganador no era el esforzado auriga, sino el dueño de vehículo y caballos. En E los 5 competidores se llevan valiosos premios, en tanto que Orestes en T se hizo acreedor a las coronas de las competencias atléticas, pero como perdió en la de carros obviamente no se especifica cuál fue el premio que obtuvo el ateniense o su patrocinador; en P se sobrentiende que el contexto es una carrera de carros, pero los datos se limitan específicamente a la visión de Orestes como conductor.

Es en la descripción de la carrera misma donde el poeta puede lucirse más, sobre todo en el plástico movimiento de los caballos. Homero no se cansa de alabar su velocidad: dice que “los corceles volaban” y una y otra vez los califica con el adjetivo ὠκύπους, literalmente “de ágil pie”; sin embargo, Segalá lo traduce por “solípedo” (vocablo muy eufónico, pero que, según el diccionario, “aplícase a los mamíferos ungulados sin trompa prensil y con las extremidades terminadas en una sola pieza; como el caballo) y que yo preferí traducir en Sófocles como “de ágil tranco”. Seféris ofrece a cambio de diversos adjetivos una sola imagen (vv. 10-11), que quizá resulte un tanto opaca al lector inadvertido, “¿cuándo se asentará la superficie toda de los cascos en la arena?” La velocidad, aunada al nerviosismo y rivalidad en la persecución, da lugar a ese aliento y jadear de los equinos que sienten en la espalda los que llevan la delantera y esos espumarajos que se ven forzados a recibir quienes se rezagan.

La competencia entre aurigas tiene varias facetas: se establece un duelo entre Antíloco y Menelao (E), así como entre el ateniense y Orestes (T); algunos conductores —Diomedes, Menelao (E) y el ateniense (T)— logran esquivar una colisión; algunos temen que ocurra un accidente: en E, cuando Néstor previene a su hijo Antíloco y cuando Menelao frena para no chocar con éste, en P, Orestes se pregunta cuándo sucederá; y, por último, el accidente mismo: en T hay un primer choque múltiple que lo origina y, después de aclarar que la desgracia sobreviene por designio divino (debido a la rivalidad entre Apolo y Atenea, en E, y a un dios innominado, en

T y P), se describe la forma en que se accidentan Eumelo (E) y Orestes (T y P).

Quedan sólo por ver algunos versos de Seféris algo periféricos al desarrollo de la carrera, pero que podrían analizarse como alusiones a algunos pasajes del canto xxiii y de la tragedia, y vendrían a ubicar las tres carreras en el contexto general de cada obra. Primero, después de aquella imagen sobre la velocidad de los caballos (vv. 10-11), la termina contrastando el hecho de que los cascos hollen tanto la arena como la suave hierba (11-12), en una oposición pista/campo florido, que le despierta un recuerdo grato, y el cual, a su vez, crea otra oposición: el temor de un futuro accidente (6-10)/la nostalgia del pasado (12-13). En términos cinematográficos podría decirse que hay un *flash forward* y un *flash back*, enlazados por una imagen de caballos al galope.

Una remembranza lleva a otra, y de las flores pasa a las miradas (14-15), pero sus ojos lo regresan al presente, al hecho de tener que combatir fuera de su patria (15-16) y, en un instante, a la pista (“¿cuántas vueltas?”) y al accidente (17-19). La inmersión en el pasado a través de las flores y las miradas conducen a Homero y a Sófocles. El bardo describe un sueño de Aquiles: “Entonces vino a encontrarlo el alma del mísero Patroclo, semejante en todo a éste cuando vivía, tanto por su estatura como por sus hermosos ojos” (v. 66) y, más adelante (143-5), dice que Aquiles, “fijando sus ojos en el vinoso ponto, exclamó: Río Esperquio, en vano mi padre te hizo el voto de que yo, al volver a la tierra patria, me cortarías la cabellera en tu honor... pero ahora, como no he de volver a ella, se la daré a Patroclo, para que se la lleve consigo”. El amor efébo entre los dos héroes tiene su contrapartida en la pareja sofocleana constituida por Orestes y Pílates, y en cierto pasaje el primero, refiriéndose a ambos, dice: “Nosotros, como lo ordenó el dios, pondremos sobre la tumba paterna una florida guirnalda, libaciones y la cabellera que adorna nuestras cabezas” (951-3). Aquiles sabe que habrá de morir en Troya, sin regresar a la Hélade, en tanto que Orestes fue sacado por Electra de Micenas y muere supuestamente en Delfos. Por último, hay una correlación de esta-

ciones entre la primavera, cuando se recolectan margaritas (13), y el otoño, cuando las flautas cantan al modo lidio (24). Ambas son parte de la huella personal de Seféris: en la Grecia antigua sí existían las amapolas, pero la palabra μαργαρίτης, ‘margarita’, no designaba una flor, sino a la *perla*;² en cuanto a la música, los tres principales modos griegos eran el dorio, el frigio y el lidio, pero lo más probable es que los dos últimos se hayan incorporado una vez que ambos pueblos se asentaron en Asia Menor, hacia el 1200, después de la guerra de Troya y de la invasión de los “pueblos del mar” (entre quienes se hallaba un fuerte contingente dorio), por lo que difícilmente era la música que podría escucharse en los palacios micénicos.

Por otra parte, Seféris hace dos referencias al mar. En Homero, aparece sólo una breve mención de éste como trasfondo de la llanura que hace las veces de pista, en tanto que en Sófocles no aparece como elemento del escenario, sino en dos breves y excelentes metáforas: el “naufragio caballar” (ναυαγίων ἱππικῶν) y la “marejada ecuestre” (γλῦδων ἔφιππον). La primera referencia es al mar del pasado, “no puedes escapar del mar que te arrulló, y al que buscas en este momento de tregua” (21-23); y esa tregua (ἀμάχη) está en oposición al “combatiendo en este sitio” (16) —pues no dice *compitiendo* (διαγωνίζομαι), sino *combatiendo* (μάχομαι)— y ambas frases lo obligan a percibir el momento presente: “¿cuántas vueltas?” / “en medio del jadear de los corceles” (23). La segunda referencia es al mar del futuro, “el mar que no puedes encontrar, por más que corras” (25).

Ese mar inalcanzable lleva al cierre del poema, al último

² Whibley, L. (*A Companion to Greek Studies*, Hafner Publishing Company, New York, 1963) dice que “pocas plantas de flores atractivas aparecen en Homero, y no hay huellas de que fuesen cultivadas”. En cuanto a la amapola, μήκων, afirma que “es nativa del Asia Occidental y el jugo de toda la planta era empleado como soporífero” pp. 56-65. Homero, *Iliada*, viii, 306: “Como en un jardín inclina la amapola su tallo, combándose al peso del fruto o de los aguaceros primaverales”. Por su parte, Chantraine, P. *Dictionnaire étymologique de la langue grecque*. Klincksieck, Paris, 1980, dice que *margarites* designa también una planta de Egipto, además de que la palabra puede ser de origen oriental, quizá del SKT *mañjari*, “botón de flor; perla”, o del persa *marvarit*, “perla”.

verso y el único que permite saber que la muerte de Orestes fue fingida, puesto que presupone que regresa a vengar a su padre y, por el hecho de dar muerte a su madre, es perseguido por las Erinias. En la mitología, ellas son unos personajes temibles, representados con cara y vestimentas negras y que castigan con la locura a ciertos homicidas. Si éstos logran purificarse (véase Esquilo, *Euménides*), entonces las Erinias o Furias, al perdonar, se transforman en Euménides; el templo de estas deidades de doble faz estaba en Colono, sitio cercano a Atenas y lugar de nacimiento de Sófocles (quien hace decir al coro: “están bajo el techo del palacio, las Furias, las vengadoras de crímenes tenebrosos”, 1384-98). Seféris convierte hábilmente esta transformación de las Erinias en la expresión “negras Euménides”, aunque después pareciera que prevalece su lado oscuro, pues se mantienen “sin conceder perdón”; contrariamente al fin que proponen los tres dramaturgos, pues todos ponen a salvo a Orestes.

En la *Odissea* (*iii*, 203-4) se dice de Orestes: “Aquél se vengó plenamente; por eso los aqueos de hoy habrán de llevar su fama al exterior y los de mañana habrán de oírla mencionar”. Sin duda el poeta que creó este pasaje tenía don profético, pues el personaje de Orestes, con todo lo que representa, ha trascendido las fronteras de Grecia y, sobre todo, las del tiempo.

CUADRO SINÓPTICO

| | Epopéya | Tragedia | Poema |
|--------------------|---|---|--|
| Lugar | llanura troyana | hipódromo de Delfos | un hipódromo indeterminado |
| Tiempo | durante los juegos fúnebres | durante los J. Píticos | durante una carrera de carros |
| Hechos | reales dentro del texto | fingidos en el texto | fingidos si el lector descifra el epígrafe |
| Narración | narrador y otros personajes | preceptor | Orestes |
| Aurigas | 5, 288-301 y 351 | 10, 701-8 | 0 |
| Caballos | 2, 295 | 2, 721 y 743 | 0 |
| Sorteo | Aquiles: 352-3 | Jueces: 709-10 | 0 |
| Público | exultante: 448-98 | exultante: 685-7 | 3-5 |
| Orestes | 0 | respland., 685 nombre y filiación, 694-5 | respl., 5 nombre, en epígrafe |
| Inicio | descripción: 362sq | desc.: 713-19 | arranque: 1 |
| Velocidad caballos | múltiples, ej: "volaban", 368 aliento, 380 | ágil tranco, 690 veloces, 737 espumarajo, 717 | superf. de cascos, 11 esp. 6 y 23 |
| Pista | polvo, 372 | + ruido, 713-14 | turbul., 18 |
| Técnica | Antíloco, 305-48 | Orestes, 720-22 | Orest., 2-3 |
| Duelo | Antíloco vs. Menelao, 418-47 | ateniense vs. Orestes, 736-40 | 0 0 |
| Esquivar | Diomedes, 398 Menelao, 427-38 | ateniense, 731-33 | 0 |
| Premonición | Néstor, 341 | 0 | Orest., 7-10 |
| Dioses | Apolo y Atenea rivales, 383-405 | por deseo de un dios, 696-7 | dios, 19-20 |
| Accidente | Eumelo, 391-97 | Orestes, 743-48 | Ores., 17-19 |
| Mar | como parte del lugar, 374 | metafórico: 730-33 naufragio/marejada | recuerdo, 22 futuro, 25 |
| Flores | 0 | + cabellera, 51-3 | 12-13 más |
| Estaciones | 0 | 0 | música, 24 |
| Miradas | Patroclo, 66 y Aquiles, 143-5 | 0 | Píladés y Ores., 14-5 |
| Exilio | Aquiles, 145 | Orestes, 135Osq | Ores., 15 |
| Erinias | 0 | coro: 1384-98 | 26 |